

se vivir en paz. No le hacia caso el conde de Artois, y continuaba en los propios manejos, aunque atemperándose á no molestar al rey tan á menudo. De los dos hijos del conde de Artois, el duque de Angulema, poco agudo, si bien juicioso y modesto, segun ya hemos dicho, no aspiraba á representar mas papel que el que se ponía á su cargo, y á la sazón viajaba por el Oeste para hacer respetar la autoridad real algo mas que era allí respetada; el duque de Berry, no careciendo de talento, más pasándose de impetuoso, al principio no produjo mal efecto á las tropas, á las que dedicaba su atención de continuo, si bien ya las empezaba á herir con una violencia que contuvo antes, y que ya contenía mucho menos, segun tornaba á su natural temple, y que aun se exacerbaba más ante la dificultad de adherir el ejército á los Borbones. Así, á pesar de sus grandes desemejanzas, estos tres principes cedían por demás á las inclinaciones de sus amigos, para resistir á su influencia y preservarse de sus faltas. A cada instante alguna de sus manifestaciones venía á aumentar los incidentes de que aspiraba á sacar provecho la malevolencia de los partidos.

Bajo el imperio se celebraba á San Napoleón el 15 de agosto. Lo conveniente era no hacer caso, y esmerarse en que pasara como olvidado este día. Al revés la familia real quiso que siguiera siendo de fiesta, mas de fiesta realista. En tal día movido Luis XIII de gratitud á consecuencia de la preñez de Ana de Austria, por solemne voto habia puesto á Francia bajo la protección de la Virgen. Por respetable que fuese este recuerdo histórico, antes de ceder al gusto de despertarlo, se debieran

tomar en cuenta las circunstancias. Lejos de esto se mandó hacer una procesion solemne en toda Francia para conmemorar y confirmar el voto de Luis XIII. En Paris siguiéronla á pié los principes con vela en la mano, y este espectáculo no produjo buen efecto sobre los animos á quienes ofuscaba el celo religioso de los Borbones. Los oficiales á media paga, siempre numerosos en la capital, se burlaron á su sabor de estos principes tan devotos, y los soldados compraron hachas para celebrar el día de San Napoleón iluminando sus cuarteles; y no costó poco trabajo hacer apagar por la noche esta iluminacion sediciosa.

Otra manifestacion de distinta clase produjo un efecto no menos infausto el día 29 de agosto. Convidado el rey por la ciudad de Paris á una magnífica fiesta, fué á comer á la casa de Ayuntamiento, lo cual no habia efectuado desde su vuelta á Francia. Desde luego fué menester apaciguar una disputa entre los guardias de corps y la guardia nacional. Solos querían ocupar los guardias de corps las habitaciones interiores, dejando á la guardia nacional el exterior del edificio. Esta pretension se resentía de inconveniente, porque la guardia nacional en suma era la ciudad de Paris que tomaba las armas en honor de su rey, y que en la casa de Ayuntamiento se hallaba sin duda en su casa propia. Relegarla á la puerta del palacio municipal, mientras los guardias de corps permanecían dentro, era dar al olvido toda clase de consideraciones. Acalorándose la disputa, la atajó el rey, y se convino en que la guardia nacional y los guardias de corps se distribuyesen por mitad los puestos interiores.

Por una comida ofrecida al rey empezó la fiesta, y debía seguir un baile. Dignas fueron la magnificencia y la delicadeza del gusto así de la grandiosidad que recibía á su monarca, como del augusto huésped que era allí recibido. Luis XVIII, sentado á la mesa principal con los príncipes de su familia, por una especie de condescendencia á la antigua costumbre, dió allí asiento á treinta y seis damas. Entre ellas figuraron las primeras damas de la antigua corte, que lo merecían sin duda, y solo tres ó cuatro de la nueva nobleza. Sin embargo, esta circunstancia no debía ser la de más bulto. Detrás de la silla del monarca y en pie le servía el prefecto, y su esposa en la misma actitud servía á la duquesa de Angulema. Con los príncipes desempeñaban iguales oficios los miembros del consejo municipal ó concejales. Ciertamente en otros tiempos se vieron emperadores servidos por príncipes y hasta por reyes; pero, sin ceder á vulgares preocupaciones democráticas, se puede afirmar que los tiempos de espectáculos tales son ya pasados. Con todo el prestigio de su poder y de su gloria, no pudo el mismo Napoleón corregir su inconveniencia cuando trató de renovarlos, y por otra parte nunca lo ensayó tan de lleno. Al día siguiente de la fiesta en la casa de Ayuntamiento, los lisongeros de entonces expresaron un vivo entusiasmo sobre la magnificencia y la belleza moral de las escenas del día antes. Con desprecio profundo hablaron de las fiestas de la revolución y del imperio, y dijeron que ni unas ni otras habían presentado jamás cosa parecida; que solo á la autoridad legítima, reconocida y aceptada por todos, era dado ofrecer espectáculos semejantes, y que

los que habían tenido la dicha de contarse entre los asistentes, siempre lo conservarían en la memoria. Así divulgaron enfáticamente las vaciedades que se repiten á continuación de todas las fiestas, y que no persuaden más que á los convidados. Positivamente, y por fortuna, aun no es imposible en nuestros días á la autoridad real captarse el respeto, si bien á condición de mucha virtud, de sencillez, de severidad, de gusto y de un respeto á los hombres igual al que exige para sí propia.

Los pueblos juzgan por los ojos, y en las representaciones exteriores de un gobierno van á buscar por lo común su significación moral. Se propendió obstinadamente á mirar el papel que los magistrados municipales habían aceptado junto al rey, como el que ciertos hombres deseaban imponer á la nación entera, y se enlazaron las escenas de la casa de Ayuntamiento á las extravagancias que algunos antiguos señores se acababan de permitir en Normandía, en Bretaña, en el Languedoc, y en Provenza. Unos habían querido que en las iglesias de sus lugares se les presentara el incienso, otros que se les ofreciera el pan bendito antes que á las autoridades municipales, provocando conflictos ridículos, publicados con fruición en los periódicos y hasta denunciados á las Cámaras. Por lo demás estos no pasaban de incidentes que tuvieran poca importancia, si se poseyera un gobierno firme, rigurosamente legal, consecuente con las instituciones que había dado, y animado del mismo espíritu que se manifestaba en la Cámara de diputados y en la de pares. Por desgracia este gobierno mal se podía hallar en un ministerio sin unidad, sin jefe, sin espíritu de conducta y sin in-

fluencia. Entre los ministros el que mas relaciones directas tenia con el pais, el ministro de lo Interior Mr. de Montesquieu, amable cuando no se le echaba de suficiente, razonable para un hombre de su origen y de su partido, aptísimo para hablar en las Cámaras con soltura y con buen suceso, se resentia no obstante de ser el mas incapaz de los administradores, porque no tenia firmeza, ni aplicacion al trabajo. Despues de llamar á los comisarios extraordinarios habia mantenido en sus puestos á muchos prefectos imperiales, sin explicarse respecto de ellos, sin hacerles saber si se les conservarían ó quitarían sus destinos. Ninguna conducta mejor que la de mantener á los empleados especiales, como agentes de hacienda, de puentes y calzadas, de la guerra y de la marina, porque no habia con quien reemplazarlos; más era difícil y aun peligroso conservar á los prefectos, hombres políticos del todo, que debian representar el espíritu y los sentimientos del nuevo gobierno. Sin embargo, por falta de sujetos capaces, porque alejado el partido realista de muy atrás de los negocios suministraba pocos entonces, Mr. de Montesquieu se vió precisado á dejar en sus destinos á muchos prefectos del imperio. A lo menos debiera mudarlos de departamento, lo cual les diera cierta especie de origen real y les ahorrara el disgusto de contradecirse á vista de sus administrados. Nada hizo de esto, y contentóse en los departamentos donde habia algunos antiguos nobles capaces de desempeñar algun cargo, con nombrarlos prefectos ó subprefectos, y entregó á unos y otros á su inspiracion propia, sin explicarse, como ya hemos dicho, en cuanto á la suerte reservada á los prefectos del imperio.

De aqui resultaba que los prefectos realistas se abandonaban á sus pasiones, y que los prefectos imperiales conservados se resentian de debilidad extremada, de miedo de atraerse la cólera de los realistas. Asi unos hacian el mal con audacia, otros lo dejaban hacer por condescendencia, y sufrían que se dijera sin rebozo que la Carta era un expediente momentáneo, y que apenas se consolidaran los Borbones completarian la restauracion con el restablecimiento de los diezmos y la devolucion de los bienes de la Iglesia y de los emigrados, etc... Para precaver tales faltas fuera necesario leer por sí mismo una correspondencia numerosa, contestar á ella de seguida, mandar, obrar en suma, cosas todas para las cuales no servia Mr. de Montesquieu de ninguna manera. Apenas paraba la consideracion en los incidentes más graves cuando resultaba algun escándalo como el del obispo de la Rochela, y entonces salia del paso con una carta fria y sin eficacia. Mr. de Beugnot, el hombre de talento que dirigia la policia, muy bien echó de ver tal estado de cosas, y envió agentes entendidos é ilustrados á los departamentos que le dirigieron una série de memorias extremadamente instructivas y revelando la extraña situacion de Francia por entonces. Comunicarlas á Luis XVIII era cosa muy delicada, porque equivalia á denunciarle como insensatos, y algunas veces como muy criminales, á sus mas celosos amigos. Cuando entre aquellas memorias habia algunas cosas picantes y adecuadas para divertir á un monarca, burlon de suyo, Mr. de Beugnot aprovechaba la coyuntura de ponérselas á la vista. Luis XVIII se recreaba con su lectura, luego se las devolvía á Mr. de Beug-

not, y se limitaba á reirse en su compañía de aquellos á quienes llamaba los amigos de su hermano. No pasaban las cosas más lejos, y á esto se reducía el gobierno todo. No obstante, como se conocía confusamente la debilidad de la administración, se persuadieron los príncipes de que debían dar la cara, y de que su presencia uniría y avasallaría los corazones y esparciría por todas partes la llama del realismo. Se engañaban singularmente; y no veían que, en vez de disminuir el mal iban á aumentarlo. Bien gobernar entonces fuera contener las pasiones de los amigos, y por el contrario enviar á los príncipes á las provincias era exaltar las tales pasiones hasta el último grado, y recoger por único fruto algunas manifestaciones de realismo, tan vanas como lo son generalmente las aclamaciones de los pueblos, que gritan cuando se les conmueve, olvidan al día siguiente el grito del día antes, para darlo al otro muy diferente, si se le conmueve en sentido contrario.

Al país mas agitado fué donde se pensó enviar primero uno de los príncipes, esto es, al Oeste. Con razon se eligió al duque de Angulema, que empleó los meses de julio y agosto en este viage. Decidióse que en setiembre y octubre visitara el conde de Artois la Champaña, la Borgoña, el Lionés, la Provenza, el Delfinado y el Franco-Condado; y que á la par recorriera el duque de Berry las provincias fronterizas, donde se hallaban en gran número los militares.

Las provincias del Oeste, es decir, la baja Normandía, la Bretaña, la Vendée, habían desagradado á Luis XVIII, porque al parecer hacian poquisimo caso de su persona, y por ejemplo, ha-

blaban mas de Mr. de la Rochejaquelain y de algunos otros gefes realistas que del monarca. Según ya hemos dicho se juntaron los insurgentes de estas provincias, se armaron á expensas de los azules, á quienes cogieron sus fusiles, volvieron á llamar á sus antiguos gefes, nombraron á otros en reemplazo de los ya difuntos, y siguieron sus instrucciones mucho más que las del gobierno. Al duque de Angulema se le encargó que les hiciera entender que habia un rey, que no habia mas que uno, y que era necesario reconocer y respetar su autoridad. Para no marcar demasiado la intencion de un viage á los países insurgentes en otros dias, este príncipe anunció que iba á visitar el litoral del canal de la Mancha, es decir, Brest, Nantes, la Rochela, etc. Asi dejó á la izquierda la comarca de los chuanes y fué por la baja Normandía á Brest y Rennes en derechura. Allí fué recibido con transporte y con demostraciones muy naturales en provincias donde su presencia suscitaba el recuerdo de tantas vicisitudes padecidas por la causa de los Borbones, y donde habia una multitud de viejos que no podian conmemorarlas sin que se les arrasasen de lágrimas los ojos. Tanto á los realistas antiguos como á los modernos hallólos hablando ligerísimamente de la Carta, considerando como un acto momentáneo de prudencia el mantenimiento de la venta de bienes nacionales, juzgando el concordato como otra especie de Carta caida con Bonaparte. Además halló al pueblo inclinado á ver en las contribuciones un vestigio de la tiranía imperial de que era menester libertarse pronto, y muy decidido á no consentir la salida de los granos á pesar de estar decretada por los realis-

tas, y halló á los compradores de bienes nacionales alarmados y dispuestos á unirse para defenderse; á la magistratura desconfiada, y en espectacion anhelosa de la nueva investidura que se le habia prometido; y finalmente, al ejército mustio, hostil y apenas respetuoso. No tenia bastante penetracion el príncipe para avalorar toda la trascendencia de semejante estado de cosas, pero sí buen sentido y rectitud para juzgarlo contrario al orden, y sobre todo contrario á las promesas del rey, que en su concepto se debian cumplir legalmente, y usó de un excelente lenguaje, escepto al hablar de los asuntos religiosos, acerca de los cuales toda la dinastía profesaba las más peligrosas opiniones. Donde quiera se aplicó á persuadir que no habia dos reyes, uno en el pabellon de Flora llamado Luis XVIII, antiguo jacobino, segun decian las gentes de provincia, muy astuto, prometiendole para no cumplir nada; y otro residente en el pabellon Marsan, llamado el conde de Artois, y único en abrigar dentro del corazon los verdaderos sentimientos de un buen realista; el primero representado por los prefectos, á quienes no se debia creer ni prestar obediencia, y el segundo representado por algunos gefes de chuanes, á quienes habia que seguir y escuchar exclusivamente. Les declaró que no habia mas que un rey, cuyas órdenes debian ser ejecutadas, pagando los tributos, permitiendo la salida de los granos, no inquietando á los compradores de bienes nacionales, viviendo pacíficos en suma, gozando del reposo público y dejando que le gozasen todos. Méno cuerdamente habló á los eclesiásticos por incurrir al parecer en sus errores, salvo en lo relativo al diezmo y á los anti-

guos bienes de la Iglesia. A las autoridades regulares les dió cuanta fuerza les fué posible; por su sola calidad de Borbon entusiasmó á la masa del pueblo; por su templanza y rectitud satisfizo á las personas honradas; desgraciadamente no sedujo á nadie, y despues de cruzar por Laval, Rennes, Brest, Lorient, dejó el país casi tan intranquilo como lo habia hallado, pues aunque sus discursos eran buenos, su presencia causaba una emocion viva, y porque toda emocion era un mal por entonces, como que despertaba las pasiones, cuya extincion urgia tanto.

Nantes era un punto que debia ser visitado por su importancia. Allí se veia una clase media comercial y opulenta, amando los principios de la revolucion, detestando sus excesos, de los cuales tenia ejemplos crueles á la vista, pero aborreciendo no menos la insurreccion vendeana, y descontenta de la arrogancia de la nobleza de las dos orillas del Loira. Hacia el régimen imperial, bajo el que se vió privada de todo comercio, tenia una aversion profunda, que naturalmente la impulsó á los Borbones, llegados con la paz y la Carta. Mas habianla indispuerto por una parte las extravagancias de los emigrados y de los eclesiásticos, y por otra el trabajo inmenso que le costaba el restablecer los negocios. Amargamente sentia la pérdida de la isla de Francia, atribuia á los ingleses los cálculos más perversos, y miraba mal al gobierno por su parcialidad hacia Inglaterra. Nuestras colonias, con las cuales se habia contado mucho en Nantes, acababan de ser atestadas por el pabellon británico de productos de Europa, y por lo presente no habia que esperar allí tráfico algu-

no. Por todas estas causas los nanteses eran realistas sinceros, mas ya algo fallidos en sus esperanzas y perfectamente constitucionales. Habiendo anunciado los vendeanos que á la orilla izquierda del Loira pondrian un rótulo que dijera: *Aquí empieza la Vendée*; por su parte declararon que á las puertas de Nantes pondrian otro con estas palabras: *Aquí fracasó la Vendée*.

Muy bien recibido fué el duque de Angulema por los nanteses, les habló un lenguaje moderado que fué muy de su gusto, y les atrajo á mejores disposiciones. Al salir de Nantes entró en plena Vendée, y encaminóse á Beaupreau ante todo. Allí se hallaba en el Bocage, en aquel pais cortado, casi inaccesible, donde viviendo los nobles patriarcalmente con sus colonos, les guiaron tiempos atrás contra los ejércitos de la república. En aquellos campos habia mucha fé, sencillez y poco del espíritu intrigante y bandero que habia señalado á la chuaneria. Bastante sosegados estaban los campesinos del Bocage bajo la direccion de sus señores, que les inducian á aguardar las órdenes del rey y á obedecerlas. Su única insubordinacion consistia en pagar lentamente las contribuciones con la esperanza de verlas abolidas. Cinco ó seis mil llegaron á Beaupreau con sus señores y sus banderas blancas, vivamente conmovidos á la vista del príncipe, como debian estarlo al recordar tantas luchas, tantos dolores y tantas ruinas como por la causa real habian padecido. Su lenguaje no fué inconveniente; además comprendian las mejoras alcanzadas desde 1789; y eran poco dados al restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales. En aquel centro del Bocage hu-

bo muchas escenas tiernas y casi ninguna lamentable. Al llegar á Borbon-Vendée halló el príncipe el espíritu ménos sencillo y ménos inocente de las gentes del Marais. En tal region, no tan agrícola y algo mas comercial, se amaba el movimiento, se aspiraba á la importancia, se hacia el contrabando, se eludia de buen grado el pago de las contribuciones, y se manifestaban pasiones sobrado turbulentas. Especialmente el clero aparecia ageno de toda cordura. Allí repitió el príncipe á los que se acercaron á oírle cuanto habia dicho donde quiera, y á la verdad no sin algun fruto. De seguida se encaminó á la Rochela, donde de su parte dependia hacer mucho bien con acoger al obispo titular, en cuya contra estaba el clero local en rebeldia por defender al antiguo obispo no dimisionario. Desgraciadamente el duque de Angulema, que era el mas devoto de los príncipes de la familia, se negó á recibir al obispo titular, y así desmintió la carta de Mr. de Montesquiou de la manera más deplorable. De resultas la pequeña iglesia arrebatóse de gozo y se hizo mas arrogante que nunca, porque nada mas significativo se podia hacer á sus ojos, que negarse á ver al prelado que estaba en el ejercicio de sus funciones, y para el cual acababa el gobierno de pedir obediencia. Esto equivalia á declarar por boca del príncipe que el gobierno oficial era una ilusion, de la cual no convenia ser juguete.

Pordecirlo así el príncipe se hallaba dentro de su capital desde que ahora se vió en Burdeos. Allí apareció el primero de los Borbones, y este Borbon fué el duque de Angulema; pero allí como en otras partes ya no reinaban el júbilo y las espe-

ranzas de los primeros días. Después de considerar á los ingleses como libertadores, y á la par como ricos consumidores, pues habian bebido y llevádose muchos vinos, se vino á parar á una verdadera exasperacion en su contra, desde la pérdida de la isla de Francia, y desde que supieron el estado de nuestras colonias, llenas de mercancías británicas de antemano. Además los burdeleses se hallaban descontentos de algunos arranques imprudentes de la nobleza de Guyena, y en particular del mantenimiento obstinado de los derechos reunidos. Así el odio hácia los ingleses, el descontento inspirado por la nobleza, la irritacion contra los derechos reunidos, eran los tres sentimientos que habia que combatir y que templar entre los burdeleses. A ello se aplicó el duque de Angulema lo mejor que estuvo á su alcance, sosteniendo la verdad de que los ingleses se habian portado sin duda como vencedores poco generosos, aunque sin hacer nada en contra del restablecimiento de nuestro comercio, el cual tornaria á florecer con un poco de tiempo y de trabajo. Con distincion trató á la opulenta clase media, y finalmente insistió en la necesidad de las contribuciones directas, y en que no se podía pasar sin ellas el presupuesto del Estado. Bajo este aspecto ejerció sobre la parte ilustrada del comercio burdelés una influencia bastante venturosa.

De Burdeos dirigióse el principe á Mont-de-Marsan, Bayona, Pau, Tolosa, Limoges, teniendo con todos pláticas sobrado prudentes, distribuyendo aquí y allí algunos consejos provechosos, si bien agitando contra su voluntad las pasiones realistas

más de lo conveniente para Francia y para su familia: Luego tomó la vuelta de París por Angers y el Mans.

Angers era una de las ciudades mas agitadas y mas importantes del Oeste. Allí la clase media y la nobleza estaban muy encontradas sobre todos los puntos que dividian á la sazón á los hombres. En general la clase media formaba la infanteria de la guardia nacional, y la nobleza la caballería, porque siendo mas rica, se hallaba en proporcion de mantener caballos. Un uniforme particular habia adoptado la caballeria que se llamaba uniforme vendeano, y no lo quiso abandonar á pesar de las órdenes reiteradas de París. Además blasonaba del designio de rodear esclusivamente al príncipe y de formar la guardia de su persona. Semillante pretension habiase manifestado en mas de un punto, y con especialidad en el Mans, centro del país de los chuanes. Hasta revelóse entre estos una pretension mucho mas grave. La de reunirse en número de veinte mil con sus gefes y sus banderas y acompañar así al duque de Angulema durante su permanencia en la provincia. Mas de un mes hacia que los prefectos de Angers y del Mans no se daban reposo para impedir manifestaciones de esta clase y sin poder lograr ningun fruto. Sin embargo, al acercarse el duque de Angulema, y merced á muchas recomendaciones emanadas de su voluntad propia, los prefectos llegaron á conseguir que las cabezas alborotadas se dieran á partido, y especialmente en Angers la guardia de á caballo prometió abstenerse de toda pretension inconveniente, y la guardia nacional de á pie empeñó la misma promesa. Con estas se-

gaduras de tranquilidad, y todo, habiendo llegado el príncipe á las puertas de Angers, y saliendo á recibirle todas las autoridades con las tropas, recelosa una compañía de la guardia nacional de á pie de las pretensiones de la caballería, de pronto cortó la comitiva y rodeó al duque de Angulema, colocado así como dentro de una especie de cuadro. Ni el príncipe ni la autoridad militar se atrevieron al castigo inmediato, porque el sentimiento público estaba de parte de los infractores de la regla, y preciso fué que entrara en la ciudad con tal escolta. Ya en Angers quiso el duque de Angulema hacer uso de su autoridad respecto de uno y otro partido, y decretó la disolución de la compañía de infantería alteradora del orden de la fiesta, sibien restableció la balanza con una viva demostracion dirigida á uno de los principales personajes de la nobleza. «¿Sois vos, le dijo, el que pretendéis ser aquí mas rey que el rey, y queréis que se os presenten las armas, y se os preste obediencia, y no se obedezca á las autoridades y turbais con vuestras pretensiones un pais donde deberiais dar ejemplo de la union de los ánimos y de sumision á las leyes? Realistas como vos son mas peligrosos que los enemigos mas formidables. Retiraos de mi presencia.» Muy luego cundió por la ciudad la noticia de tal escena y fué asunto de todas las conversaciones; mucho agradó á la clase media, y originara el mayor bien si pudiera ser conocida de toda Francia, pero se prohibió á los periódicos el insertarla en sus columnas. Seguidamente perdonó el príncipe á la compañía de la guardia nacional disuelta por su mandato, consintió en su reforma, y dejó á las

gentes sensatas de Angers muy satisfechas de su porte.

En Mans se habia logrado que dieran oidos á razones los caudillos de los chuanes, y contribuyó á hacerles mas dóciles la circunstancia de encontrar menos número de sus antiguos soldados que esperaron al principio, y de contarse entre los nuevos muy pocos en disposicion de andar quince ó veinte leguas á su costa, para tomar parte en una demostracion política. Libre se vió pues el príncipe de este cuidado. No por esto dejó de ver á muchos realistas fogosos, á muchos veteranos de la guerra civil que le expresaron sentimientos muy poco moderados, aunque sin abandonar á ninguna manifestacion lamentable. A París volvió á mediados de agosto, habiendo tenido voluntad de hacer el bien, y más á menudo el destino de hacer el mal agitando sin querer el pais necesitado de sosiego.

Inmediatamente despues de la vuelta del duque de Angulema partió el conde de Artois para la Champaña y la Borgoña. Autorizado iba á prometer mucho en materia de favores administrativos y á no negar nada en materia de honoríficas distinciones, por no depender la medida de este género ni del presupuesto ni de la tiranía de las reglas. Para el mayor número tenia la condecoracion de la Flor de lis, para los militares y los magistrados la cruz de la Legion de Honor, para los realistas de nota la cruz de San Luis, y no era hombre para cerrar la mano que le autorizaba á abrir el monarca. Primeramente visitó las orillas del Sena y del Aube, y en particular las ciudades de Nogent, de Mery, de Arcis-sur-Aube, de Brienne, de Bar-



sur-Aube, de Troyes, donde la guerra había dejado huellas horrorosas. Allí encontró á parte de la poblacion sumida en la miseria y viviendo entre ruinas. Compasivo era y afectuoso, se enterneció á causa de los males de que era testigo, lo mostró á las claras, y supo agradar con las demostraciones de una viva simpatía. Durante el camino todo se apiadó con los agobiados de vicisitudes, lloró á la par de ellos, les llamó alternativamente sus amigos, sus hijos, y les prometió elevar á noticia del rey sus desgracias, como si el rey tuviera el medio de repararlas todas. No se descuidó el ministro de Hacienda en tomar sus precauciones contra las prodigalidades del príncipe, y así hizo asentar como base, que nada podia el Estado á favor de las comarcas destrozadas por la guerra, y que á lo sumo podria conceder algun alivio en las contribuciones, si bien en el caso de una imposibilidad notoria de satisfacerlas por completo. Así el conde de Artois prometió á todos los habitantes solicitar exencion de tributos, y hasta préstamos en dinero, y entretanto les autorizó para cortar ciento veinte mil árboles en los bosques del Estado, para ayudarles á reconstruir sus casas. A este socorro, justo y de alguna importancia, añadió limosnas tan abundantes como lo permitía la lista civil, ya harto mermada por los socorros concedidos á los emigrados, y á la vez añadió condecoraciones de la Flor de lis en número de quinientas ó seiscientas, alternadas aquí y allí con algunas cruces de la Legion de Honor y de San Luis. Finalmente abandonó estas poblaciones, dejándolas como principal alivio de sus males la emocion de una visita de un príncipe de la real familia, y

además la esperanza que fundada ó infundada siempre es el consuelo para los hombres.

Despues de esta visita á las provincias maltratadas por la guerra, se encaminó el conde de Artois á Troyes y á Dijon. Dijon era una antigua ciudad de parlamento; allí habia una antigua nobleza de toga, antes muy instruida, al presente muy pretenciosa, y no admitiendo otra libertad que la de las amonestaciones. Por tanto se hallaba imbuida en un mal espíritu y aleutada en sus peligrosos sentimientos por un prefecto que los abrigaba de igual modo. Pésimamente trataba al obispo que debia su elevacion al concordato, y á quien se acusaba de contemp'ar mucho á los juramentados, porque tambien lo habia sido. Con aire de suficiencia propalaba que las cosas se pudieran arreglar de distinta manera que lo habia hecho Luis XVIII; que la Carta era una obra detestable; que por lo demás ya era tiempo de reparar las faltas cometidas, obrando de otra suerte así que se presentara favorable coyuntura. De consiguiente, á la par que en Champaña todo aparecia en cierta calma, alterada solo por las vicisitudes de la guerra, al revés en Borgoña, se hallaban los ánimos sumamente agitados, y parte de los habitantes soñando con una vuelta á lo pasado que alarmaba hondamente á la otra parte. Naturalmente el conde de Artois fué recibido con entusiasmo por los realistas, cuyas opiniones profesaba de una manera notoria, y con la habitual facilidad de su genio, sobre nada de cuanto se le dijo de seguida le ocurrió mover la mas leve disputa, se adhirió á todo, y limitóse no más que á aconsejar paciencia; y en cuanto á la manifestacion que debia ser mas signi-

ficativa, no omitió lo de hacerla todo lo mas deplorable que cabia en lo posible, porque se negó á recibir al obispo, lo cual produjo en toda la comarca una impresion de las mas vivas, y propagó rápidamente las divisiones que empezaban á perturbar al clero.

Mala encontró la situacion en Dijon el conde de Artois, dejola peor todavía y se dirigió á Lion. Esta gran ciudad, la mas importante del reino despues de París por entonces, no era de aquellas en que la situacion se resintiese de menos complicada. Al lado de los antiguos realistas, ufanos del recuerdo del sitio de 1793, detestando la revolucion y sus obras, y reunidos con exaltacion bajo Mr. de Precy, su antiguo gefe, se veia una opulenta clase de comerciantes y fabricantes, ajenos por su edad á los recuerdos de 1793, sensibles por demás á cuanto Napoleon habia hecho por reparar las desgracias de su ciudad, y sobre todo por favorecer su comercio, que bajo su reinado habia recibido un inmenso eusanche. La guerra marítima que habia arruinado á Nantes, á Burdeos, á Marsella, por el contrario á Lion le habia enriquecido. Situada esta ciudad á orillas del Ródano y del Saona, en el nudo de todas las comunicaciones fluviales con Alemania, Suiza, Italia y España, se habia trasformado en centro el más vasto y activo de los negocios. La posesion de Italia, la facultad de sacar de allí las sedas crudas á infimo precio, la facilidad de surtir de ricas telas á todo el continente, los encargos de monta para la ornamentacion de los palacios imperiales, ventajas eran que Lion habia apreciado sobremanera, y que disminuian á vista de ojo desde que estaban

abiertos los mares, desde que la navegacion fluvial perdía lo que ganaba la navegacion marítima, y desde que los ingleses, tan señores de Italia como los austriacos, ya hacian encarecer allí las sedas crudas, comprándolas para elaborarlas ellos mismos. A estos desabrimientos hay que añadir las exacciones cometidas por los austriacos; que muy injustamente recaian sobre los Borbones, y se comprenderán los diferentes motivos que hacian tibia por lo menos, ya que no hostil á la causa real, á la clase de los comerciantes lioneses, la mas rica del pais y la mas influyente con mucho. Por su parte el pueblo, imitando estas divisiones, se hallaba tambien encontrado: una porcion poco numerosa, aunque ardiente, se habia unido á los realistas; la restante seguia al partido contrario en masa. Juntabanse los realistas en un café, notado por la violencia de los discursos que se pronunciaban en su recinto, y de donde á veces salian para ir á provocar á sus adversarios, intimidadísimos aunque mas numerosos. Hombre dulce y estimable el alcalde, realista por su nacimiento y sus relaciones, se abandonaba á la corriente de las pasiones lionesas, y se habia indispuesto con el prefecto, Mr. de Bondy, que se esforzaba por resistir al desorden sin fruto. Este prefecto, animado del mejor espíritu, se hallaba reducido á luchar solo contra los partidos extremos, por no encontrar apoyo ni en Mr. de Precy, caudillo de la guardia nacional, ni en el mariscal Angereau, gefe militar del distrito. Menospreciado éste por las tropas y por el grueso de la muchedumbre á causa de no haber sabido defender á Lion contra los austriacos, y tambien á causa de su famosa proclama, se hallaba sin in-

fluencia ni actitud para reunir á las autoridades locales en una direccion comun y firme á la par que conciliadora.

En medio de este ardiente foco fué el conde de Artois á echar nuevas materias incendiarias. Su llegada excitó efectivamente la conmocion mas viva. Naturalmente *el precursor de la legitimidad*, como se le denominaba entonces, el hermano del rey, el verdadero monarca al decir de los realistas puros, debia ser acogido con entusiasmo. Rodeados de los hombres mas fogosos le salieron á recibir el gefe de la guardia nacional Mr. de Precy, el alcalde Mr. de Albon á las puertas de la ciudad, y á su presencia y en nombre de la poblacion toda prestaron el juramento de pertenecer por siempre á los Borbones. Con sus aclamaciones acordes confirmaron los asistentes mas cercanos este compromiso, tornando con la mayor fé del mundo. Seguidamente se hizo cruzar al príncipe por los principales barrios de la ciudad, y parándose en cada plaza, las autoridades locales renovaron de rodillas el juramento de no pertenecer nunca á otra dinastía que la de los Borbones. Asi fué conducido el conde de Artois al palacio donde debia tener su morada. En los dias siguientes se le enseñaron los establecimientos públicos; se le llevó á casa de varios fabricantes, lisonjeados por extremo de tal distincion y trasformados en buenos realistas por de pronto; luego se le hicieron ver las huellas del sitio, muchas de las cuales habia Napoleon borrado; y por fin le fueron presentados cuantos quedaban en Lion de los que asistieron á aquel sitio memorable, y habian recibido alguna herida, ó padecido de cualquier modo. Su introductor fué Mr. de Precy, y á la verdad es-

te papel le correspondia mejor que á nadie. El príncipe abrazó á aquellos valientes con su cordialidad de costumbre, dió la cruz de San Luis á varios de ellos, y luego puso la primera piedra de un monumento destinado á perpetuar el recuerdo de la resistencia que la ciudad de Lion habia opuesto en 1793 á la Convencion nacional. ¡Jamás hubo gobierno que prometiera tanto olvido y que acreditara tanta memoria! El conde de Artois estaba cortado para agradar, y especialmente á los que participaban de sus opiniones, y trás de permanecer en Lion algunos dias, se ganó los corazones de todos los de su partido, é inflamó las pasiones que valiera más apagar por completo. No habia mirado de mal talante ni al prefecto, ni al mariscal Angereau, porque era incapaz de ajar á nadie, pero tampoco les dió la mas leve fuerza. Al revés se habia franqueado plenamente con el alcalde, con Mr. de Precy y con algunos otros amigos, diciéndoles que se habia concedido mucho á la revolucion sin duda, pero que se necesitaba de paciencia, y con el tiempo repararia el monarca todo lo que fuese reparable, exigiéndose por de pronto cordura, á fin de no suministrar pretestos á los contrarios. Tan poco prudente era el príncipe mismo que, habiendo acudido á visitarle en Lion los prefectos de los alrededores, se aventuró á decir á uno de ellos, antiguo servidor del imperio y noble de cuna. «¿Y bien, mi querido prefecto, qué pensais que se debe hacer en punto á los bienes nacionales? ¿Os parece que habria posibilidad de restituirlos?». De seguida le respondió el prefecto que si se deseaba provocar al instante una revolucion de las mas violentas, no habia mas que dejar que se

vislumbrasen tales designios. Entonces, viendo el príncipe que había elegido mal su interlocutor, se apresuró á desdecir lo manifestado, y á explicarlo de la mejor manera posible, más por esto se puede inferir el lenguaje de que haría uso al hablar con los que participaban de sus opiniones.

En un estado de exaltación extraordinaria dejó el conde de Artois la ciudad de Lion y más violentamente dividida que nunca. Hallándose en Valencia sufrió una manifestación que produjo la impresión más funesta. Se le daba una comida servida sobre muchas mesas, á fin de dar cabida á la muchedumbre de convidados, entre los cuales figuraban los individuos del consejo del departamento. Uno de ellos, hombre rico y considerado, era hijo de padre que en otros días tuvo la debilidad de firmar una de las numerosas representaciones enviadas á la Convención después del suplicio de Luis XVI. Esmeróse la malevolencia local en buscar este recuerdo, y lo hizo cundir entre la comitiva del conde de Artois. Algunos de sus oficiales se hallaban sentados á la mesa donde se debía colocar el hijo del firmante, y al verle llegar se levantaron de pronto y se retiraron afectadamente. De resultas alzóse un rumor sumamente vivo, y propagado por todo el país á la vuelta de pocas horas.

Al cruzar por Aviñon el príncipe se mostró cual siempre, y al fin llegó á Marsella, donde se le esperaba con impaciencia estremada.

Esta gran ciudad, antes reina del Mediterráneo, y que lo ha vuelto á ser por medios distintos de aquellos con que soñaba entonces, tenía sobradas razones para aborrecer á la revolución y

al imperio, como que había perdido, no solo su prosperidad, sino hasta su pan. Por espacio de veinte años vió más de trescientos buques mercantes amarrados sobre sus muelles, pudriéndose, sin cambiar de lugar nunca (1), y apenas entraba algun barco de tiempo en tiempo con cargamento de trigo ó de azúcar, si por milagro no le capturaba el enemigo. Muchos llegaron á apresar los ingleses en las primeras boyas, y bajo el mismo fuego de los fuertes. Esta ciudad desventurada había caído en una miseria espantosa, y tanto padecía que sin duda se rebelara á no contenerla un prefecto vigoroso, el conde de Thibaudéau, con su mano de hierro. La única distracción ofrecida de vez en cuando á su miseria, se limitaba al abandono á las llamas de las mercancías inglesas apresadas, y que se quemaban en una de las plazas principales, á la vista de un pueblo moribundo de hambre, que en pocas horas contemplaba la destrucción de riquezas con que pudiera vivir de seguro. Así el día de la caída de Napoleón y de la vuelta de los Borbones fué allí de frenética alegría, y tal que la descripción más animada fuera

(1) Nacido y criado en Marsella aun tengo este espectáculo presente á los ojos; me parece ver aquella serie de buques inmoles, colocados en muchas líneas desde lo que se llama plaza de la Cannebière hasta el fuerte de San Juan. Niño entonces y llevado á menudo á aquellos muelles, adquirí la costumbre de fijarme en aquellos buques, sabia sus nombres, me acordaba de su figura como de las casas de una calle por la cual se transita mucho, y jamás ví que movieran de su lugar ni uno solo durante los últimos años del imperio. Así su caída fué ocasión de una alegría como nunca la he presenciado en ningún tiempo ni circunstancia.

insuficiente para que se concibiera ni por asomo. Pero las alegrías son cortas, porque á menudo no consisten mas que en imaginar felicidades imposibles. Con efecto, muy pronto vió Marsella desaparecer la isla de Francia, con la cual mantenian numerosas relaciones sus negociantes, y concibió en contra de los ingleses una furiosa ira, hasta el punto de poder apenas aguantar que se presentasen en su puerto. Además halló las colonias resituidas apestadas de productos europeos y vacías de productos coloniales, cambiadas todas las relaciones mercantiles, la España en desórden, el Mediterráneo en poder de los ingleses y de los griegos, su puerto, en otros dias *puerto franco*, envuelto entre las aduanas imperiales, y finalmente, mantenidos y conservados los derechos reunidos, á los cuales achacaba parte de sus vicisitudes. Asi su alegría no tardó en resfriarse, y buscaba con amargura la causa de sus desengaños. A la sazón no sabia Marsella que muy pronto una inmensa industria fabril desarrollada en torno de sus muros, que un nuevo imperio adquirido por Francia, el de la Argelia, que un renacimiento general de los países mediterráneos, la harian reina de los mares meridionales, reina mucho mas rica que antes, y como tantos otros buscaba su corona perdida en lo pasado en vez de buscarla en lo porvenir. Se figuraba que su antigua prosperidad fué inherente á la *franquicia de su puerto*, franquicia consistente en recibir sin sujecion á visita ni al pago de derechos las mercancías de todo el mundo, las cuales no sufrían la aplicacion de las tarifas sino á dos leguas de sus murallas. ¡Como si transferida á dos leguas de distancia la

línea de aduanas pudiera cambiar su suerte y devolverla relaciones que ya no tenia! Un depósito puede facilitar las relaciones mercantiles, mas no las crea de ningun modo. Hamburgo, que es una de las mas importantes ciudades comerciales del globo, no debe su grandeza á la franquicia de su puerto, sino al Elba, que la hace via del comercio de Alemania con el resto del mundo. Pobre emigrada, á quien sus recuerdos volvian loca, Marsella no respiraba mas que para obtener lo que llamaba *puerto franco*, y se figuraba que bajo este aspecto le restauracion de los Borbones seria para ella el mayor beneficio, un beneficio tal como ni en sus sueños lo habia imaginado.

Con la llegada del conde de Artois se renovaron las ilusiones de los primeros dias, y así le recibió con trasporte. Le dirigió los mas extravagantes discursos que habia oido en su viage; le dijo que allí se queria al rey, al verdadero rey, al rey absoluto, libre de toda traba, con potestad para labrar el bien de sus súbditos sin que se lo impidiesen jamás las cortapisas inventadas por los revolucionarios, esto es, sin que las gentes de razon pudieran alegar lo mas leve contra la franquicia del puerto de Marsella. Además oyó el príncipe vehementes declamaciones acerca de los derechos reunidos, y obrando como en todas partes, respondió á los marselleses que pensaba como ellos; que tenian razon de sobra, y que creia poderles prometer una satisfaccion muy cercana, pero que era menester un poco de paciencia, y dejar al rey el tiempo de realizar beneficios. Tan á dicha se tenia contemplarle de cerca y estrecharle las manos que se tomaban por sérias todas sus palabras,

y en esta favorable disposicion se le ofrecieron magnificas fiestas. Cada ciudad hace gala de lo mejor que tiene en tales ocasiones. Marsella hizo gala de su bahía, muy distante á la sazón de lo que ha venido á ser posteriormente, dando allí brillantes ejercicios navales; y en uno de los dias de regocijo, llegada la noche, sobre una montaña que domina el puerto hizo estallar de súbito una especie de volcan, por medio de un millar de toneles llenos de materias inflamables. Entonces el alcalde dijo al conde de Artois que lo que tenia delante de los ojos no era mas que débil imágen de los sentimientos ardorosos de los marseleses, y se le condujo al principal teatro de la ciudad de seguida. Allí tuvo lugar una verdadera escena de delirio. El conde de Artois habia escrito al rey solicitando la franquicia del puerto, muy combatida en el seno del Consejo real, y Luis XVIII le respondió que esperaba obtenerla antes de mucho, forzando la mano á los ministros. Dando como ya hecho lo que aun estaba por hacer, el príncipe anunció en pleno teatro la franquicia del puerto como cosa determinada, y cayendo entonces el alcalde de rodillas le besó las manos en nombre de la poblacion marselesa. Ocho ó diez veces y dando gritos de júbilo y de gratitud se pusieron en pié los espectadores.

Tras de pasar el príncipe algunos dias en medio de una poblacion delirante de gozo, repitiendo á los marseleses lo ya dicho á los lioneses, á los borgoñones y tambien á los champeneses, de que los dias pasados entre ellos habian sido los mas felices de su vida, se dirigió de Marsella á Tolon; cruzó por Nimes, donde fuera muy útil su

presencia si contuviera á los católicos y tranquilizara á los protestantes; pasó á Grenoble, donde fué calorosamente aclamado por el partido realista, poco numeroso, aunque vehemente; y por último se metió en el Franco-Condado.

Dentro de Besanzon la situacion de los partidos hubiera exigido una conducta prudente á la par que vigorosa. Una nobleza arrogante, llena de preocupaciones, con un noble del pais por prefecto, el cual escitaba las pasiones en vez de contenerlas, habia indispuerto singularmente á la masa de los habitantes. Otra circunstancia particular agravaba semejante estado de cosas. Allí estaba el arzobispo Lecoz, de quien ya hemos hablado, antiguo constitucional, personaje respetabilísimo, aunque muy testarudo, que dió asilo á los eclesiásticos juramentados, y que por lo demás nunca dió ocasion á que se dolieran de su nombramiento ni las autoridades locales, ni las autoridades espirituales. A la caída del imperio y al advenimiento de los Borbones, la pequeña iglesia asestó las iras todas en su contra, la nobleza local añadió las suyas, el prefecto atizó este fuego, y de todo resultó cierta especie de guerra religiosa, que sin embargo se reducía á malos procederes, y nunca llegó al extremo de las armas. En alta voz propalaban el prefecto y los hombres de su partido que á su tránsito por Besanzon no recibiría el príncipe al arzobispo, á lo cual respondía el prelado con su tenacidad de costumbre que ni siquiera se presentaria en la morada del conde de Artois. Picado el prefecto de tanta osadía declaró que si el arzobispo cumplía la palabra, tambien él cumpliría la suya y le pondria preso. Tales eran los